

Fallas étnicas en el oeste de China

Dru Gladney

Profesor de Antropología, Pomona College

Síntesis

El presente artículo analiza la enorme pluralidad de la sociedad china actual, traspasando incluso el más tradicional enfoque de las minorías étnicas y religiosas, como los uigures o los tibetanos para abordar las nuevas fracturas de la sociedad, principalmente entre el norte y el sur del país, una división que se agudiza debido al crecimiento económico exponencial del sur y sus reivindicaciones respecto al norte. Lejos de plantear una amenaza a la integridad del país –que en ningún caso llega a verse amenazada–, la distinción étnica es sin duda un fenómeno

en auge en China, ya que ofrece ciertas ventajas sociales, entre las que destaca por ejemplo, quedar al margen de la polémica política del hijo único que si se aplica sobre el resto de la población, algo que dicho sea de paso, ha favorecido que aumente el peso demográfico de algunas de las citadas minorías

étnicas respecto a la mayoría, en algunas regiones. Sin embargo, existe también un elemento de prestigio, ligado a lo que el autor califica como el “chic étnico”, y que ofrece ventajas en términos de negocio y se podría interpretar como un posible elemento de diferenciación, que es un elemento clave detrás de las modas. Sin embargo, no hay que olvidar que pese a ser un fenómeno en auge, el reto étnico de primer orden para el gobierno, que le otorga una importancia caudal en su gestión de las regiones autónomas, los enclaves étnicos por antonomasia, como Tibet Xinjiang, en los que existe además una demanda de mayor autonomía política. El hecho de que las étnias predominantes en ambas regiones sumen a su demanda política, un componente religioso al étnico, es un elemento clave para entender la dificultad de Beijing para acceder a sus demandas. También el hecho de que en Xinjiang, algunos grupos de uigures persigan sus objetivos mediante la lucha insurgente, tampoco facilita la situación, habidas cuentas de que Xinjiang es el último territorio musulmán del mundo bajo un régimen comunista. Como conclusión, el artículo plantea los posibles escenarios de conflicto étnico en China, augurando que el país se encamina hacia una década difícil en este terreno.

“ China ha mantenido aglutinada una inmensa nación multicultural y multiétnica, a pesar de alternar períodos de centralización política y de fragmentación. Pero las divisiones culturales y lingüísticas podrían empeorar en una China debilitada por los conflictos internos, la crisis económica, un crecimiento desigual y la lucha por la futura sucesión política”

El resurgimiento de las culturas e identidades étnicas de China

El devastador terremoto de Sichuan de 2008 reveló al mundo la existencia de fallas geológicas en China, y los disturbios de julio de 2009 en el oeste de China, en Xinjiang, y en el Tibet en 2008 han revelado al mundo las fallas étnicas de China. Situadas apenas por debajo de la superficie de lo que el gobierno se ha esforzado por presentar como una sociedad “armoniosa”, dichas fallas siguen sacudiendo el país y ponen de manifiesto la existencia de poderosas fuerzas que

agitan todo el país, zarandeando el liderazgo de Beijing. Los disturbios de Urumqi y Lhasa han acabado con el mito de una China monolítica.

Tanto los extranjeros como los propios chinos suelen concebir la población de China como una amplia mayoría han monolítica aderezada con exóticas

minorías repartidas a lo largo de las fronteras del país. Esta visión subestima la enorme diversidad cultural, geográfica y lingüística de China, en particular las grandes diferencias culturales dentro de la propia población han. Cabe destacar además que los últimos acontecimientos apuntan a una mayor inseguridad en China en relación no sólo con estas nacionalidades, sino también con su propia integración nacional. El hecho sin precedentes de que el Presidente Hu Jintao tuviera que marcharse anticipadamente de la reunión del G8 de Italia para ocuparse de los problemas étnicos de Xinjiang es un claro indicio de hasta qué punto China se toma en serio este problema.

En todo el país, China está asistiendo al resurgimiento de las culturas e identidades étnicas locales, en particular entre la población del sur, como por ejemplo entre cantoneses y hakka, actualmente clasificados como han. Durante siglos, China ha mantenido aglutinada una inmensa nación multicultural y multiétnica, a pesar de alternar períodos de centralización política y de fragmentación. Pero las divisiones culturales y lingüísticas podrían empeorar en una China debilitada por los conflictos internos, la crisis económica, un crecimiento desigual y la lucha por la futura sucesión políti-

ca. Las reyertas iniciales entre trabajadores de una fábrica de juguetes en Guangdong, que se cobraron al menos dos muertos uigures el 25 de junio, provocaron el descontento de las masas en Xinjiang el 5 de julio, y terminaron con 197 muertos, miles de heridos y casi 2.000 personas detenidas, al extenderse la violencia por toda la región. Un reciente informe detallado sobre los disturbios del 5 de julio de 2009 sugiere que éstos podrían haberse evitado si los dirigentes de Beijing y Urumqi hubieran prestado más atención a las tensiones económicas y sociales entre los han y los uigures, en lugar de preocuparse por amenazas externas y terroristas sin fundamento (ver el informe de *National Endowment for Democracy* sobre los disturbios de Urumqi <http://www.uhrp.org/articles/3931/1/Can-Anyone-Hear-Us-/index.html>).

Las celebraciones del Día Nacional, en octubre de 2009, se esforzaron por poner de relieve 60 años de liderazgo "armonioso" del Partido Comunista en China y, al igual que con los Juegos Olímpicos de 2008, su enorme éxito. Los disturbios de 2008 y 2009, y las continuas tensiones en el oeste de China, sugieren que esta armonía es un simple adorno sobre una fina costra social, bajo la cual entran en fricción profundas divisiones.

A China también le preocupa el "efecto Kosovo" y acusa a los musulmanes chinos y a otras minorías étnicas de buscar apoyo internacional externo (léase occidental) para sus fines separatistas. Pero los problemas étnicos en la China de Hu Jintao son mucho más profundos que los de las minorías "oficiales". En las discusiones de café de Sichuan, Guangdong y Hunan se aboga fervientemente por un mayor nacionalismo cultural y por reforzar la resistencia frente al control central de Beijing. Del mismo modo que la Unión Europea experimenta dificultades a la hora de construir una alianza europea común dentro de sus fronteras lingüísticas, culturales y políticas, a China también le preocupa su persistente multiculturalismo.

Oficialmente, China está conformada por 56 nacionalidades: una nacionalidad mayoritaria, los han, y 55 grupos minoritarios. El censo de 2000 puso de manifiesto una población minoritaria oficial de casi 104 millones de personas, lo que representa aproximadamente el 9% de la población total. Los pueblos identificados como han representan el 91% de la población, repartida desde Beijing en el norte hasta Guangdong en el sur e incluyen a los hakka, los habitantes de Fujian, los cantoneses y otros grupos. Se considera que a los han les une una historia, una cultura y una lengua escrita comunes y que sus diferencias lingüísticas, en la forma de vestir, en la dieta y en las costumbres son asuntos menores y superficiales. Un activo programa de iniciativas impulsado por el Estado presta asistencia a estas culturas minoritarias oficiales con vistas a promover su desarrollo económico (con resultados dispares).

Sun Yat-sen líder del movimiento republicano que derrocó a la última dinastía imperial de China (la dinastía Qing) en 1911, promovió la idea de que había "Cinco Pueblos de China": la mayoría han y los manchúes, mongoles, tibetanos y hui (un término que incluía a todos los musulmanes de China, ahora divididos entre uigures, kazajos, hui, etc.). Sun era un cantonés, formado en Hawái, que temía suscitar las tradicionales suspicacias del norte frente a los movimientos radicales del sur. Quería unir a los han y movilizarlos junto con todos los demás grupos no manchúes de China (incluyendo a mongoles, tibetanos y musulmanes) en torno a un movimiento nacionalista multiétnico moderno contra el Estado Qing manchú y los imperialistas extranjeros. La política ampliada que reconoce un total de 55 nacionalidades minoritarias oficiales también contribuyó al objetivo a largo plazo de los comunistas de forjar una nación china unida, consolidando el reconocimiento de los han como "mayoría" unificada. La diversidad cultural dentro de los han no se ha reconocido oficialmente por un profundo (y fundado) temor a que el país se desintegre en una serie de reinos enfrentados gobernados por señores de la guerra como ya ocurrió en los años 1910 y 1920. Históricamente, China ha estado dividida por una línea norte-sur en cinco reinos, estados en guerra o satrapías locales, tanto tiempo como ha estado unida. En efecto, China, en su forma actual, que incluye grandes extensiones de territorio ocupadas por mongoles, pueblos turcos, tibetanos, etc., es tres veces más grande de lo que era bajo la penúltima dinastía china, los Ming, que cayó en 1644. Los gobiernos chinos fuertes y centralizados (ya fueran de origen extranjero o interno) han intentado a menudo imponer la uniformidad ritual, lingüística, económica y política a lo largo de sus fronteras.

Los supuestamente homogéneos han hablan ocho lenguas ininteligibles entre sí (mandarín, wu, yue, siang, hakka, gan, min del sur y min del norte). Incluso estos subgrupos presentan una clara diversidad lingüística y cultural; en la familia de lenguas yue, por ejemplo, quienes hablan cantonés apenas se entienden con los que hablan taishan, y los dialectos min del sur, como el quanzhou, el changzhou y el xiamen, tampoco consiguen comunicarse en sí. El lingüista chino Y. R. Chao ha demostrado que la ininteligibilidad de, pongamos, el cantonés y el mandarín es del mismo orden que la existente entre el holandés y el inglés o entre el francés y el italiano. El mandarín se impuso como lengua oficial a principios del siglo XX y se ha convertido en la lengua vehicular pero, como ocurre con el swahili en África, a menudo debe aprenderse en la escuela y en gran parte de China rara vez se emplea en la vida diaria.

La política de China respecto a las minorías implica un reconocimiento oficial, una autonomía limitada y esfuerzos no oficiales por controlarlas. A pesar de representar sólo un 9% de la población, están concentradas en zonas ricas en

recursos que ocupan casi un 60% del territorio del país y superan el 90% de la población en condados y pueblos a lo largo de muchas zonas fronterizas de Xinjiang, Tibet, Mongolia Interior y Yunnan. Xinjiang ocupa una sexta parte del territorio de China, siendo el Tibet la segunda provincia más grande del país.

Sorprendentemente, ahora es popular, especialmente en Beijing, que la gente se “revele” como manchú o de otros grupos étnicos, admitiendo que, en realidad, no eran han. Mientras que la población han creció un total del 10% entre 1982 y 1990, la población de las minorías creció en su conjunto un 35%, pasando de 67 millones a 91 millones. Los manchúes, un grupo que durante mucho tiempo se consideró asimilado a la mayoría han, sumó tres prefecturas autónomas y aumentó su población en un 128%, pasando de 4,3 a 9,8 millones, mientras que la población de los gelao en Guizhou se disparó con un increíble crecimiento del 714% en tan solo ocho años. Sin duda, estos índices reflejan algo más que una alta tasa de natalidad; también son indicio de un ‘cambio de categoría’, al redefinir algunas personas su nacionalidad pasando de han a una minoría, o pasando de una minoría a otra. En los matrimonios interétnicos, los progenitores pueden decidir la nacionalidad de sus hijos, y los propios hijos pueden elegir su nacionalidad a los 18 años. Un demógrafo chino predice que, si el índice de crecimiento de las poblaciones minoritarias se mantiene, llegarán a un total de 864 millones en 2080.

¿Por qué sigue siendo popular tener ‘oficialmente’ una identidad étnica en la China actual? Se trata de una interesante pregunta, a la vista de los disturbios en Xinjiang y en el Tibet, por no mencionar la información, generalmente negativa, reflejada en la prensa occidental sobre la discriminación de las minorías en China. Una de las razones puede ser que en 1982 todavía había dudas persistentes sobre la verdadera intención del gobierno de registrar las nacionalidades en el censo. La Revolución Cultural, un período de diez años durante el cual cualquier tipo de diferencia, étnica, religiosa, cultural o política, fue despiadadamente eliminada, había terminado hacía sólo unos pocos años. A mediados de los ochenta, se había puesto de manifiesto que los grupos identificados como minorías oficiales estaban empezando a recibir beneficios reales derivados de la implementación de varios programas de acción positiva. Los privilegios más significativos incluían la autorización de tener más hijos (excepto en las zonas urbanas, por lo general las minorías no están sujetas a la política del hijo único), pagar menos impuestos, acceder a una educación mejor (aunque china) para sus hijos, tener un mayor acceso a empleos

públicos, hablar y aprender su lengua nativa, rendir culto y practicar su religión (incluyen a menudo prácticas como el chamanismo que sigue estando prohibido entre los han), y manifestar sus diferencias culturales a través de las artes y la cultura popular.

En efecto, podría incluso afirmarse que, en la China actual, es popular ser ‘étnico’. El estofado mongol, los fideos musulmanes, la barbacoa coreana e incluso los restaurantes con especialidades tibetanas proliferan en todas las ciudades, mientras que los trajes, los motivos artísticos y los estilos culturales de las minorías adornan a los chinos y sus hogares. En Beijing, uno de los restaurantes más populares

“ Ahora es popular, especialmente en Beijing, que la gente se ‘revele’ como manchú o de otros grupos étnicos (...) Es el *chic* étnico (...) El estofado mongol, los fideos musulmanes, la barbacoa coreana e incluso los restaurantes con especialidades tibetanas proliferan en todas las ciudades ”

es la cadena tibetana Makyeeame (www.makyeame.cn). Ofrece una experiencia cultural del Tibet para el nuevo rico de Beijing, que se completa con bellas camareras con trajes tibetanos, cantos y bailes, y exóticos platos como el kebab de yak servido mientras se interpreta música

china y bailes tibetanos. Este auge del ‘chic étnico’ contrasta claramente con las políticas antiétnicas de homogeneización del período de lucha contra la derecha de finales de los años cincuenta, la Revolución Cultural, las campañas de ‘contaminación espiritual’ de finales de los ochenta y, ahora, los disturbios étnicos en el oeste del país.

Con la espectacular explosión económica del sur de China, los habitantes del sur y de otros lugares del país han empezado a afirmar sus diferencias culturales y políticas. La música pop, los videos, las películas y los programas de televisión cantoneses, todo ello con una fuerte influencia de Hong Kong, son ahora populares en todo el país. Mientras que antes los cómicos solían caricaturizar las costumbres y los acentos del sur, ahora son los del sur quienes se burlan de los habitantes del norte por su falta de sofisticación y de visión para los negocios. Como puede atestiguar cualquier residente de Beijing cuya lengua sea el mandarín, regatear para comprar verduras o teléfonos móviles en los mercados de Guangzhou o de Shanghai les resulta cada vez más difícil debido al orgullo creciente de las lenguas locales: los no nativos siempre pagan un precio más alto. El aumento de esta conciencia identitaria entre los cantoneses es análoga a la reafirmación de identidad de la que hacen gala los hakka, los min del sur de Fujian, los shantou y muchos otros pueblos generalmente ignorados, con mayor poder ahora gracias al éxito económico y resentidos por las antiguas restricciones impuestas por el norte.

Es interesante observar que la mayoría de estos grupos del sur no se consideraban tradicionalmente han sino tang, descendientes de la gran dinastía Tang (618-907 d. C.) y sus

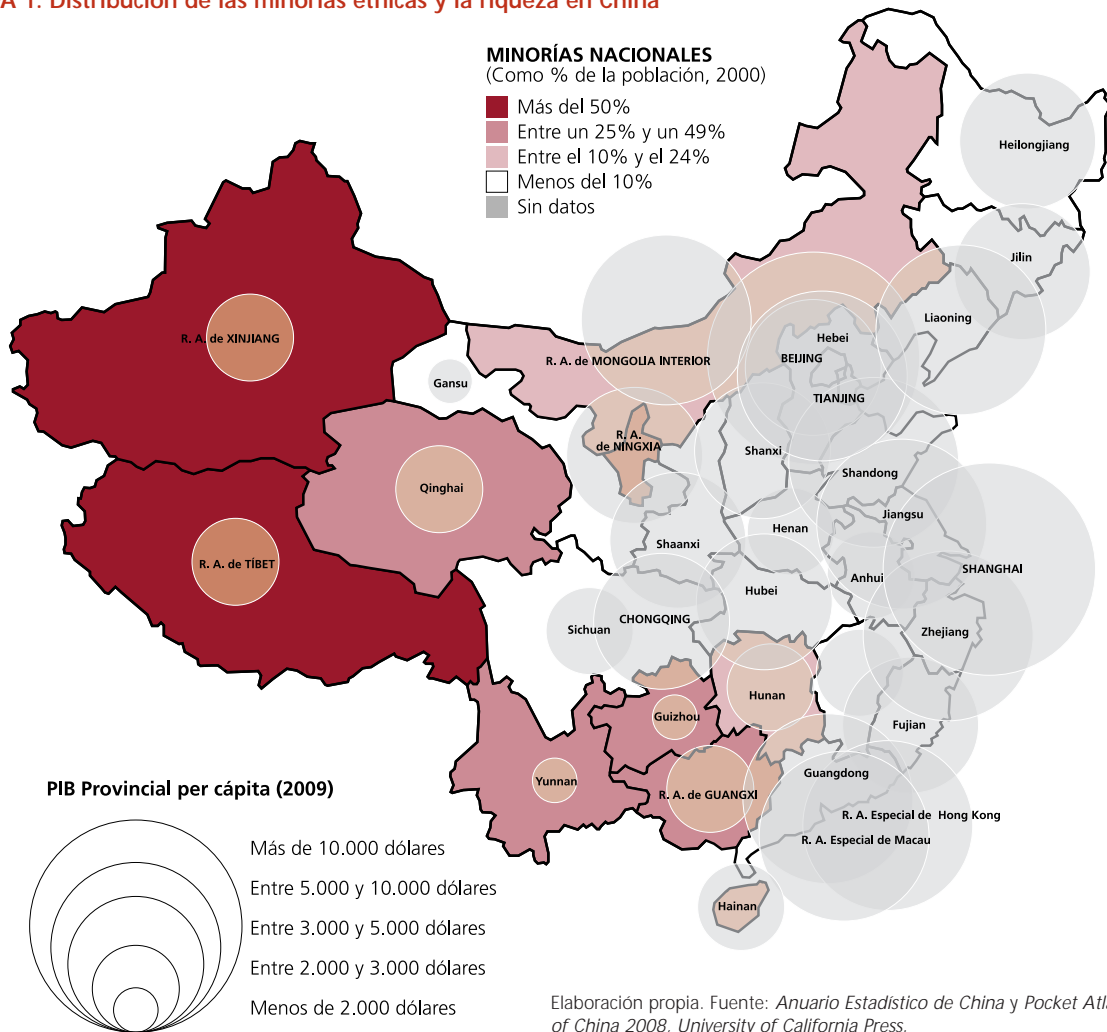
bases en el sur (Moser 1985). La mayoría de los distritos chinos en Norteamérica, Europa y el Sudeste asiático están habitados por descendientes de inmigrantes chinos de las zonas del sur de China mayoritariamente Tang y establecidos en torno a la Calle de los Tang (tang ren jie). En la próxima década podríamos asistir al resurgimiento del nacionalismo tang en el sur de China, en oposición al nacionalismo han del norte, en particular porque la riqueza económica del sur puede eclipsar a la del norte. Algunos observadores han sostenido que la amplia cobertura que los medios de comunicación estatales dieron a los disturbios de Xinjiang, en contraposición al silencio informativo en el Tibet, fue un esfuerzo deliberado por estimular el nacionalismo chino han y un sentimiento étnico contra las minorías, por unir a

“En la próxima década podríamos asistir al resurgimiento del nacionalismo tang en el sur de China, en oposición al nacionalismo han del norte, en particular porque la riqueza económica del sur puede eclipsar a la del norte.”

la mayoría de la población en un período de inestabilidad económica y social.

Sin embargo, la propia vitalidad económica de China tiene el potencial de alimentar la división étnica y lingüística en lugar de profundizar en la integración del país como podrían suponer muchos. A medida que las zonas del sur y de la costa se enriquecen, gran parte de China central, del norte y del noroeste no ha mantenido el mismo ritmo, lo que ha aumentado la competencia y ha contribuido al ancestral resentimiento entre los diferentes grupos étnicos, lingüísticos y culturales. La desigual distribución de la riqueza ha alimentado un profundo resentimiento en las regiones más pobres, a menudo de etnias minoritarias, de China. El Gran Pro-

MAPA 1. Distribución de las minorías étnicas y la riqueza en China



Elaboración propia. Fuente: *Anuario Estadístico de China y Pocket Atlas of China 2008*, University of California Press.

grama de Desarrollo del Oeste, lanzado en 2001 a bombo y platillo, no ha conseguido colmar la brecha económica existente entre el este y el oeste, si bien ha dado lugar a una importante mejora de las infraestructuras. Tras los disturbios de Urumqi de julio de 2009, China lanzó otra serie de reformas destinadas a “modernizar” las agitadas regiones del oeste, sin embargo está claro que sigue habiendo fisuras fundamentales bajo la superficie de una armonía social impuesta desde arriba.

Impulsar la integración del oeste con el resto de China no ha sido tarea fácil. Muchos uigures ven amenazada su supervivencia cultural y han recurrido a la violencia. Tras renegar de ellos durante décadas y subrayar la “unidad nacional” de China, los informes oficiales han detallado actividades conflictivas de tibetanos y musulmanes en las regiones fronterizas de Tibet, Yunnan, Xinjiang, Ningxia y Mongolia Interior. Con los atentados con bomba contra varios autobuses en Beijing en marzo de 1997, generalmente atribuidos (aunque nunca se ha comprobado) a separatistas uigures, y los atentados contra autobuses en las celebraciones del Día de Xiaoping en Urumqi el 25 de febrero de 1997, Beijing ya no pudo mantener en secreto estos incidentes. La sublevación de Yining del 7 de febrero de 1997, que provocó al menos nueve muertos y centenares de heridos, y que llevó a la detención de siete uigures sospechosos que fueron posteriormente ejecutados, recibió amplia cobertura en los medios de comunicación de todo el mundo. Esto es lo que diferencia los últimos acontecimientos de los problemas continuados en la región a mediados de los ochenta, que recibieron poca cobertura mediática. Evidentemente, la atención prestada por el mundo a los “terremotos sociales” en el oeste de China, debido al interés que suscita China desde los Juegos Olímpicos de Beijing 2008, ha llevado a muchos a interesarse por el malestar histórico en esta región.

Las autoridades chinas están en lo cierto cuando afirman que la mayor atención internacional prestada a la difícil situación de los pueblos indígenas fronterizos ha puesto bajo presión a estas regiones. Hay numerosas organizaciones internacionales que trabajan por la independencia de Xinjiang [bajo el nombre de Turkestan Oriental], con sede en Ámsterdam, Munich, Estambul, Melbourne y Nueva York. La organización *World Uighur Congress*, que se reunió recientemente en Washington D.C., del 21 al 25 de mayo, y eligió como presidenta a Rebiya Kadir (<http://www.uighur-congress.org>) intenta coordinar estos dispares movimientos.

Está claro que, siendo Xinjiang la última región musulmana bajo un régimen comunista, las autoridades chinas tienen más motivos de preocupación que el apoyo internacional a la independencia del Tibet.

La verdadera pregunta es ¿por qué llamar la atención sobre estas actividades tibetanas y musulmanas y organizaciones exteriores? En la década de 1998 a 2008, no se produjo un solo informe sobre violencia relacionada con los uigures. Los grupos basados en Estambul existen desde los años cincuenta y el Dalái Lama ha estado activo desde que se exilara en 1959. Las acciones separatistas se han producido a pequeña escala pero de manera regular desde la expansión del mercado y de las políticas comerciales en China y, con la apertura de pasos terrestres a Xinjiang además del ferrocarril trans-euroasiático desde 1991, no parece que haya ninguna posibilidad de echar el cierre. En su visita en 1994 a las nuevas naciones independientes de Asia Central, Li Peng hizo un llamamiento para que se abriera una “nueva Ruta de la Seda”. Se trataba de un claro intento por apaciguar los temores de los estados de Asia Central recién constituidos frente al expansionismo chino, como también lo fue el comunicado de Shanghai de abril de 1996 que consolida-

“Desde un punto de vista práctico, China no está amenazada por una desintegración interna. (...) Muchos activistas locales están reivindicando no un separatismo total (...) sino su preocupación por la degradación medioambiental, las pruebas nucleares, la libertad religiosa, la excesiva carga fiscal y los límites impuestos en cuanto al número de hijos. Muchos dirigentes de las minorías étnicas reivindican simplemente una autonomía ‘real’”

ba las fronteras existentes entre China y Asia Central. Fue tal vez el ejemplo más claro de los esfuerzos del gobierno chino por consolidar definitivamente y establecer los límites de su territorio.

Desde un punto de vista práctico, China no está amenazada por una desintegración interna. En sus actuales condiciones, los separatistas chinos son poco nu-

merosos, están mal equipados, no están unidos y el Ejército Popular de Liberación y la Policía Popular tienen una potencia claramente superior. El apoyo local a las actividades separatistas, en particular en Xinjiang, es en el mejor de los casos ambivalente y ambiguo, habida cuenta de la disparidad entre estas regiones y sus vecinos extranjeros que, por lo general, son mucho más pobres y, en algunos casos, como en Tayikistán, están divididos por la guerra civil. La región tiene grabadas en la memoria la hambruna masiva y la destrucción generalizada durante la guerra sino-japonesa y la guerra civil en la primera mitad del siglo XX, por no mencionar los horrores y el caos de la Revolución Cultural. El apoyo internacional a la causa del Tibet no ha hecho mucho por debilitar el dominio de Beijing sobre la región. Muchos activistas locales están reivindicando no un separatismo total o la independencia real, sino que expresan más a menudo su preocupación por la degradación medioambiental, las pruebas nucleares, la libertad religiosa, la excesi-

va carga fiscal y los límites impuestos en cuanto al número de hijos. Muchos dirigentes de las minorías étnicas reivindicaban simplemente una autonomía "real", conforme a la ley china para las cinco Regiones Autónomas, todas ellas dirigidas por Primeros Secretarios del Partido de origen han y controlados por Beijing. Al ampliar la campaña de "mano dura" a Xinjiang, Wang Lequan, Secretario del Partido para Xinjiang, declaró que "no habrá compromisos entre nosotros y los separatistas". Tras los disturbios del 5 de julio de 2009, Wang Lequan fue apartado de su cargo, tal vez debido al fracaso de sus políticas represivas. Wang fue sustituido en abril de 2010 por otro líder han de China del este, Zhang Chunxian, que también había prometido acabar con el separatismo y volver a desarrollar la región. Como veremos en este capítulo, son muchos los desafíos a los que se enfrenta.

No es sorprendente que, desde el 11 de septiembre de 2001, muy pocos grupos activistas uigures hayan defendido públicamente el terrorismo contra el Estado chino, y la mayoría ha negado cualquier implicación

en actividades terroristas, si bien pueden llegar a manifestar cierta simpatía hacia las mismas. Un ejemplo en este sentido es la Organización para la Liberación del Turkestán Oriental (ETLO, en sus siglas en inglés) liderada por el hermético Mehmet Emin Hazret. En una entrevista telefónica el 24 de enero de 2003 con el servicio uigur de *Radio Free Asia*, Hazret admitió que podría ser necesario establecer un brazo armado de su organización para actuar contra intereses chinos, sin embargo negó cualquier actividad terrorista anterior o asociación alguna con el Movimiento Islámico de Turkestán Oriental (ETIM, en sus siglas en inglés). "No hemos participado y no participaremos en ningún tipo de acción terrorista dentro o fuera de China", declaró Hazret. "Hemos intentado resolver el problema del Turkestán Oriental por medios pacíficos. Pero la brutalidad del gobierno chino en Turkestán Oriental puede haber forzado a algunas personas a recurrir a la violencia" (ver <http://www.rfa.org/service/index.html?service=uyg>). Hazret, un antiguo guionista de cine de Xinjiang que emigró a Turquía a los 40 años, negó cualquier conexión entre su organización y Al Qaeda u Osama bin Laden. No obstante, sí que constató la creciente necesidad de acciones militares contra el dominio chino en la región. "Nuestro objetivo principal es lograr la independencia del Turkestán Oriental por medios pacíficos. Pero para mostrar a nuestros enemigos y a nuestros amigos nuestra determinación en la cuestión del Turkestán Oriental, consideramos que la constitución de un brazo militar es inevitable... El pueblo chino no es nuestro enemigo.

Nuestro problema es con el gobierno chino, que viola los derechos humanos del pueblo uigur". Una vez más, un patrón común en su respuesta en relación con el dominio chino de la región fue no subrayar la yihad islámica o el nacionalismo religioso, sino poner el acento en las violaciones de los derechos humanos y en las reivindicaciones uigures sobre el Turkestán Oriental.

La visión pública oficial de Beijing respecto al problema del separatismo tiene que ver en mayor medida con la política interna que con cualquier amenaza real interna o externa. Los últimos movimientos, tal y como se manifestaron en los

Juegos Olímpicos de 2008, sugieren esfuerzos por promocionar el nacionalismo chino como "ideología unificadora" que resultará más atractiva que el comunismo y más manejable que el capitalismo. Al destacar las amenazas separatistas y la intervención exterior, China puede desviar la atención de sus propias inestabilidades internas debido a catástrofes naturales (especialmente el terremoto de Sichuan de 2008), crisis econó-

"Puede que el nacionalismo sea la única 'ideología unificadora' que le queda a una nación china que ha empezado a distanciarse del comunismo, como lo hizo del confucianismo, del budismo y del taoísmo en el pasado. Tal vez esto explique por qué los nacionalismos con una base religiosa, como el fundamentalismo islámico y el budismo tibetano, están en el punto de mira de Beijing, mientras que no se ponen barreras al auge del chamanismo y de la religión popular."

micas (como el efecto de la crisis económica asiática en la moneda china), aumento de la inflación, mayor disparidad en los ingresos, "poblaciones flotantes" desplazadas, reunificación de Hong Kong, y muchos otros problemas internos y externos a los que se enfrenta el gobierno de Jiang Zemin. Puede que el nacionalismo sea la única "ideología unificadora" que le queda a una nación china que ha empezado a distanciarse del comunismo, como lo hizo del confucianismo, del budismo y del taoísmo en el pasado. Tal vez esto explique por qué los nacionalismos con una base religiosa, como el fundamentalismo islámico y el budismo tibetano, están en el punto de mira de Beijing, mientras que no se ponen barreras al auge del chamanismo y de la religión popular. Al mismo tiempo, el firme control sobre el activismo musulmán es un mensaje dirigido a las organizaciones militantes extranjeras para que se mantengan al margen de los asuntos internos de China, y para que los talibán no se muevan de dentro de sus fronteras afganas. Aunque es difícil calibrar el alcance del apoyo al separatismo uigur entre la población, está claro que la supervivencia cultural es una preocupación crucial para muchos, y que se está produciendo un intento significativo por preservar la cultura uigur, con el apoyo, en cierta medida, del turismo internacional y los intentos del Estado por demostrar su buena voluntad hacia esta población musulmana descontenta.

El resultado de todos estos cambios es que China está cada vez más descentralizada. Es una perspectiva temible para

quienes llevan las riendas en Beijing y, tal vez, fue un factor que influyó en la decisión de tomar medidas enérgicas contra las manifestaciones de junio de 1989 en la Plaza de Tiananmen, mantener un estrecho control en los Juegos Olímpicos y responder rápidamente y con dureza ante los disturbios en el Tíbet y en Xinjiang. El año pasado, el gobierno admitió más de 100.000 "incidentes masivos" de descontento civil. El descontento de trabajadores y campesinos observado en el conjunto de China trasciende y, en ocasiones, agudiza las diferencias culturales y etno-lingüísticas entre ricos y pobres, que en la China actual a menudo interactúan cada vez más en función de divisiones étnicas.

Mientras que una China fuerte nunca se verá seriamente amenazada por el separatismo étnico por sí solo, una China debilitada por el conflicto interno, la inflación, el crecimiento económico desigual o la lucha por la sucesión política podría dividirse todavía más por diferencias culturales y lingüísticas. En sus actuales condiciones, los separatistas chinos no podrían organizar un ataque coordinado como el del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, y la sociedad china, más cerrada, carece de la apertura que permitió a los terroristas moverse tan libremente en Occidente. Las amenazas contra China procederán, seguramente, del malestar civil y, tal vez, del malestar étnico interno dentro de la denominada mayoría han. Debemos recordar que fue un chino del sur, nacido y educado en el extranjero, el que lideró la revolución que acabó con la última dinastía y que, cuando cayó ese imperio, los señores de la guerra enfrentados –a menudo apoyados por potencias extranjeras– lucharon por el territorio local ocupado por pueblos culturalmente diferentes. Además, la Rebelión Taiping que estuvo a punto de derrocar a la dinastía Qing también tuvo su origen en la región fronteriza del sur de Guangxi entre los denominados pueblos hakka y yao marginados. En un momento en el que los 'Otros', generalmente ocultos e ignorados dentro de la sociedad china, empiezan a reafirmar identidades propias que se suman a las nacionalidades oficiales, estos hechos vuelven a la memoria.

Como sostiene James Millward en su libro de 2007 *Eurasian Crossroads: A History of Xinjiang*, la historia de las relaciones entre chinos y musulmanes en Xinjiang, se ha caracterizado por una relativa paz y tranquilidad, interrumpida por importantes disturbios sociales y políticos, fomentados por crisis tanto internas como externas. La relativa tranquilidad de principios de este milenio, recientemente rota por la agitación social de 2008 y 2009, es un indicio de que, a no ser que se produzcan en la región cambios sociales y estructurales serios, en cualquier momento podrían estallar tensiones subyacentes. La oposición al dominio chino en Xinjiang no ha llegado al nivel de Chechenia o de la Intifada, pero de manera similar a los separatistas vascos de ETA en España, o al antiguo IRA en Irlanda e Inglaterra, puede

estallar en episodios limitados y violentos de terrorismo y resistencia. Y, del mismo modo que esos movimientos de oposición no se han resuelto del todo en Europa, no parece que el problema uigur en Xinjiang vaya a desaparecer fácilmente. El problema admitido de disidencia y terrorismo uigur, incluso en la diáspora, es por tanto una dificultad para un gobierno que quiere fomentar la integración y el desarrollo en una región donde la población mayoritaria no es sólo étnicamente diferente sino también de devoción musulmana. ¿Cómo puede un gobierno integrar a una minoría con fuertes creencias religiosas (ya sea musulmana, tibetana, cristiana o budista) en un sistema marxista-capitalista? La política china de intolerancia respecto a la disidencia y el estímulo económico no parecen haber resuelto el problema. Como parte interesada responsable, China debería encontrar formas de entablar un diálogo con individuos y grupos representativos de los uigures para cooperar mejor en la búsqueda de soluciones a este problema continuado. Se han producido importantes progresos y un desarrollo relativamente pacífico de esta importante región. Sin duda se puede entablar un diálogo para contribuir a asegurar un futuro más próspero y pacífico tanto para los uigures como para los han.

Como ilustran horriblemente los disturbios del 5 de julio de 2009, a los uigures no les ha resultado fácil integrarse en un tejido social chino dominado por los han. No resulta sorprendente, habida cuenta de la integración relativamente reciente de la región en China y el fracaso admitido de las políticas chinas a lo largo de los últimos 60 años (ver Fred Starr 2004, *Xinjiang: China's Muslim Borderland*, obra colectiva que documenta esta historia). Si los uigures de China y de la diáspora responden como yihadistas o como nacionalistas seculares, el resultado será seguramente el mismo: una integración forzada cada vez más dura en el dominio chino, que puede tener implicaciones desastrosas para la región y sus vecinos. Encontrar un terreno intermedio no será fácil en el Reino del Medio.

Los conflictos étnicos no desmantelaron la antigua Unión Soviética, pero ésta se dividió en función de fronteras definidas en gran medida por diferencias étnicas y nacionales. Estas políticas de la diferencia en auge preocupan no sólo en Lhasa y en Urumqi sino también en Guangdong y Shanghai. El "efecto Kosovo" puede convertirse perfectamente en el "efecto Chechenia" en el que grupos étnicos, en especial los musulmanes en general (no sólo los uigures) se convierten en estereotipos de amenaza interna y separatistas, y se lance una 'limpieza' como asunto interno. China también puede vincular las acciones separatistas uigures con el problema del Tíbet y de Taiwan, provocando ramificaciones internacionales más amplias de cualquier ofensiva. Sin embargo, el problema de China es que puede que muchas de sus amenazas internas no procedan de las nacio-

nalidades oficiales, que son más fáciles de individualizar por raza o lengua. La Chechenia de China, como el Aceh de Indonesia, puede perfectamente proceder de dentro de su propio pueblo que busca beneficios económicos y políticos. La próxima década promete ser para China tan difícil, en términos de desafíos, como lo fue la anterior para Estados Unidos, Europa y Rusia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DAUTCHER, Jay (2009): *Down a Narrow Road: Identity and Masculinity in a Uyghur Community in Xinjiang China*. Cambridge: Harvard University Press.

Basada en un año de trabajo de campo en Yili (Ghulja), una localidad uigur en la frontera de Xinjiang y Kazajstán, esta obra documenta las tensiones existente entre los han y los uigures que intentan adaptarse a profundas diferencias culturales exacerbadas por el dominio chino.

GLADNEY, Dru C. (1998): *Ethnic Identity in China*. New York: Wadsworth Publishers.

Esta obra ofrece una perspectiva general de la política de China en relación con las minorías y aborda las tensiones étnicas existentes en China, en particular entre la mayoría han y los pueblos musulmanes minoritarios.

MILLWARD, James A. (2007): *Eurasian Crossroads: A History of Xinjiang*. New York: Columbia University Press.

Se trata de la historia breve de mayor autoridad sobre la extensa región de la ruta de la seda conocida ahora como la Región Autónoma Uigur de Xinjiang. Desde el neolítico hasta los tiempos modernos, esta obra pretende analizar los muchos problemas a los que China se ha enfrentado a lo largo de los milenios en su intento por integrar esta región.

STARR, Frederick S. (ed.) (2004): *Xinjiang: China's Muslim Borderland*. Armonk, NY: M.E. Sharpe, Inc.

Esta obra colectiva ofrece la mejor perspectiva en inglés de la política, la historia, la economía, la geografía y las tradiciones religiosas de esta extensa y compleja región del oeste de China.